

za á este tercer período. Entonces los humanistas más ardientes sacaron al sol todos los defectos de los papas y de su corte, su inmoralidad, su frivolidad, su corrupción y venalidad, y como contraste patriótico ensalzaron el poder, la majestad, la bondad y la gloria del emperador, á quien llamaron luz de la tierra y gloria del universo.

En esta situación el que quedó peor parado fué el elemento clerical en Alemania, como representante de los papas y de sus tendencias dominadoras, pero no de la cultura elegante, amable y flexible, aunque á veces puramente exterior, de la corte romana y de los italianos en general. El clero alemán, orgulloso de formar parte de una institución antigua ya, influyente y poderosa, con pretensiones de ser superior á todo, despreciaba el estudio entonces moderno.

En estas luchas tuvieron los humanistas alemanes ocasión de probar sus fuerzas y de persuadirse de que también sabían hablar la lengua de Cicerón, y hacer poesías que en nada cedían á las de Horacio y Virgilio, y de que para aprender el griego no necesitaban ir á Grecia ni llamar de allí maestros. Ellos, á fuerza de trabajo, se habían apropiado á Platón y á Aristóteles después de haber despojado sus obras del barro con que las habían envuelto comentaristas escolásticos y traductores ignorantes, y si bien otros habían abierto el camino para el estudio de las lenguas antiguas, ellos lo habían recorrido de una manera independiente. En lo tocante al estudio del hebreo, los alemanes eran los verdaderos innovadores, que habían dado importancia y valor á los libros hebreos, impresos, es verdad, en Italia, pero que hasta entonces habían sido poco menos que letra muerta. Finalmente, recorriendo el vasto campo del saber, vieron en todas partes caminos abiertos por alemanes ó por lo menos allanados y ensanchados por ellos, y por tanto, que podían jactarse de poseer una vida intelectual floreciente y pujante, todo esto gracias á su actividad.

Con razón han afirmado muchos que en este tercer período del humanismo alemán llegó el movimiento á su mayor altura, á pesar de su duración cortísima y de no poder designarse ni su principio ni su fin, porque el principio se confunde con el final del período segundo, y el fin se pierde insensiblemente en el movimiento de la reforma religiosa, que ahogó en parte sus resultados atravesándose en su camino. Algunos señalan la muerte de Hutten como punto visible de la extinción de la era del Renacimiento en Alemania.

## CAPITULO II

### EL EMPERADOR Y OTROS SOBERANOS ALEMANES

En todo el tiempo que comprende los tres períodos del humanismo en Alemania ciñeron la corona imperial, sucesivamente, Alberto II, desde el 18 de marzo de 1438 hasta el 27 de octubre de 1439; Federico III, desde 1440 hasta 1492; Maximiliano I desde 1493 hasta 1519, y Carlos V, cuyo reinado pertenece principalmente á la época siguiente, es decir, á la reforma religiosa. Además era extranjero, y los intereses nacionales del pueblo alemán le eran indiferentes cuando no los miraba con abierta hostilidad, y finalmente estaba hartado dominado por otras ideas para tener afición á las letras y las artes. Refiere Bartolomé Sastrow que este emperador hizo contestar á un poeta que le había presentado una poesía, que le habían gustado mucho sus versos y que dijese qué recompensa esperaba; que si deseaba ejecución de nobleza ó la corona de poeta, podía contar cumplido su deseo, pero que no pidiera dinero, porque sería en vano. Con esto queda suficientemente demostrado hasta dónde podía llegar la protección á las letras que solía aparentar.

Tampoco influyó Alberto II en el movimiento de la nueva era de estudios, á causa de su reinado cortísimo y agitado por guerras, aunque por otra parte no le faltaba afición á las ciencias y letras, como todos los reyes y emperadores de Alemania desde Carlos IV, que había conocido á Petrarca, y si bien no se entusiasmó por este vate, se le mostró afable y condescendiente. El que más interés manifestó por los literatos en las dos veces que estuvo en Italia, en 1414 y 1432, fué el emperador Segismundo, que reinó desde 1411 hasta 1437. Poca fortuna tuvo en política, pero entre los literatos y hombres de ciencia dejó la mejor impresión, ya por su afabilidad, ya por sus mercedes imperiales, aunque estas nunca consistieron en recompensas y auxilios pecuniarios, atendido que el dinero era lo que cabalmente procuraba adquirir con sus munificencias, que consistían en honores y títulos. Escuchaba con paciencia los discursos latinos y conversaba con los literatos, aunque no siempre sobre ciencias y



Medalla con el retrato del emperador Federico III. Existente en el museo numismático de Berlín

obras literarias, con lo cual dejaba muy contentos á los autores y eruditos, como Beccadelli y Ciriaco de Ancona. Este último le enseñó y le explicó á su instancia las antigüedades de Roma. Cuando Segismundo marchó á su desgraciada campaña contra los turcos, llevó consigo al eminente sabio P. P. Bergerio, á quien había conocido en el concilio de Constancia y al cual encargó, como hombre universal, trabajos teológicos, diplomáticos y otros, entre ellos la traducción de la historia de Alejandro Magno por Arriano, en lenguaje sencillo, pues que no entendía cosas escritas en estilo elevado y florido.

En el reinado de Federico III pasó Eneas Silvio á Alemania y fué para este país un apóstol por lo que respecta á las humanidades. El emperador Federico III era, al decir de Jorge Voigt (1): «Un carácter flemático á quien nada era capaz de sacar de sus ocupaciones favoritas, el jardín, los animales de corral, la contemplación de sus joyas, la astrología y la alquimia. Era incapaz de interesarse por otra cosa ni de aprender nada nuevo, ni tuvo jamás deseo alguno de estudiar de veras.» Muy lejos de ser obtuso de entendimiento, era en extremo astuto en el trato con las personas, lo mismo que en los asuntos de importancia, y sus ocurrencias chuscas y á menudo bastante groseras, pero bonachonas, se referían con placer aun mucho después de su muerte. Le gustaban las recepciones fastuosas en que había de escuchar, al estilo de la época, largos discursos latinos, y si perdía el hilo cuando el orador era hábil y se remontaba á demasiada

(1) Profesor en Leipzig y autor de una biografía de Eneas Silvio. (N. del T.)

altura, en cambio se reía de buena gana de los pobres que se cortaban ó no sabían explicarse. Así sucedió á un pobre maestro de escuela, contratado á gran precio por los ciudadanos de Reinsfeld para saludar al emperador á su paso, y que después de haber compuesto, estudiado y aprendido de memoria su discurso, se quedó tan cortado á las tres primeras palabras: *Beneveneritis domine rex*, que no se acordó ni de una sola palabra más. Era este soberano comedido en todo, sobrio, paciente, casto, profundamente religioso y gran

devoto de su patron San Jorge. En la iglesia no entraba sino de gran gala, para mostrar así el respeto y veneración que le merecía el templo de Dios.

Muchos de sus predecesores habían aprovechado el poder imperial para aumentar sus estados propios, en vista de que su dignidad apenas les permitía otra cosa; Federico III, que encontró el imperio en un estado verdaderamente lastimoso, empleó su influencia poco menos que exclusivamente en extender los Estados y el poder de su casa, que era la de



Copia de un grabado en madera por Juan Burgkmair, representando á Maximiliano en su clase. Ilustración de la historia del *Weisskunig*

Habsburgo. Por esto no hizo ni el más pequeño sacrificio para representar imperio con la ostentación debida. Distinta conducta habían seguido otros emperadores predecesores suyos, sobre todo en Italia, para imponer á los italianos y aumentar allí el número de sus parciales, confirmando derechos y fueros, y mostrándose liberales en todo. Federico, por lo contrario, fué á Italia solo para recoger dinero vendiendo títulos sonoros y dignidades nominales. Así los poetas hablaban de él con desprecio, aunque le ensalzaron en sus escritos por pura rutina y por el título de «emperador del Sacro Imperio Romano,» que les recordaba las glorias de la historia antigua de su país.

En su reinado perdió la Alemania territorios importantes; Dinamarca se agregó los ducados de Schleswig y de Holstein; la Prusia oriental se hizo provincia polaca, y la Bohemia se constituyó en reino independiente; la Borgoña se alzó amenazadora del lado del Rin, y el rey de Francia, cada vez más potente, era un vecino no menos peligroso. Por otro lado, los turcos desde 1463 invadían cada año el territorio

del imperio por el lado Este, asolando, saqueando, devastando el país y llevándose como botín, además de todos los objetos de valor, millares de personas para venderlas por esclavas. En medio de tamañas calamidades no hacían nada los soberanos alemanes para rechazar á los enemigos exteriores ni para unirse y dar á la cabeza del imperio medios de proceder enérgicamente; los parlamentos ó dietas discutían cuestiones religiosas ó escogían medios para sofocar la insurrección de poblaciones rurales, exasperadas por la opresión de sus señores, por la miseria y por la servidumbre. Los grandes, los duques, los príncipes electores y otros magnates, procuraban aumentar sus territorios y poderío á costa de otros señores más débiles; y con esto el imperio decayó al mismo tiempo que la autoridad imperial.

Con semejante emperador, verdadero soberano solamente en sus Estados hereditarios, y con los demás soberanos más ignorantes, más toscos y más bárbaros, y atendida además la situación miserable de todo el país, era imposible que prosperase el estudio, y así lo comprendió Eneas Silvio cuan-

do llegó en 1442 á la corte del emperador, cuya historia escribió despues, y de quien habia creído que seria, como los príncipes italianos, protector de las letras. No fué mas feliz en sus tentativas de civilizar é interesar por los estudios á otros príncipes mas jóvenes que el sórdido emperador; á Segismundo del Tirol consiguió excitar con una carta amorosa liviana; algo mayor fué el resultado de su actividad y celo como apóstol de las letras respecto del duque Alberto de Austria, que llegó hasta consentir en leer las fábulas de Esopo, aunque luego se cansó y las dejó. Entre los demás magnates, nobles, y los hombres que pasaban por doctores, no encontró eco ninguno, y respecto de ellos escribió: «Son gente sencilla y buena, pero no les gustan como á mí las ciencias; lo que á mí me causa placer, no tiene atractivo para ellos.» Los nobles no conocían mas ocupacion que la caza, los placeres materiales del amor y los banquetes, con el consumo tradicional de grandes cantidades de bebidas fuertes. De los placeres refinados, tanto materiales como intelectuales de los italianos, nadie en Alemania tenia idea; los profesores de la universidad de Viena no sabían enseñar mas que la lógica y la dialéctica con obras que databan de la Edad media, no tenían afición á las poesías y demás obras de los autores antiguos, ni las entendían, ni comprendían tampoco el buen gusto y la elegancia de los escritores modernos italianos. Los que tenían la modestia de reconocer su atraso y su ignorancia, daban por excusa, como aquel Saldner del cual hablamos anteriormente, «que el culto de las formas y de lo bello menguaba el respeto debido á la doctrina cristiana.» Si por excepcion Eneas Silvio dió con algun humanista verdadero, como el ya citado Gregorio de Heimburg, lo era á la alemana, y no habia medio tampoco de entenderse; y si algun otro se mostraba mas flexible é imitativo, ya creía ser tanto como el autor á quien imitaba, y á veces mas. Esto sucedió con Juan Tröster, que imitó los escritos de Eneas Silvio, y si llegó á traducir alguna obra extranjera, como Nicolás de Wyle, del cual volveremos á ocuparnos, eligió precisamente las mas livianas y eróticas. Un solo discípulo consiguió formar en Alemania el que fué posteriormente el papa Pio II, y este discípulo agradecido fué Juan Hinderbach, historiador y retórico que continuó la historia de la casa de Austria, empezada por su maestro, al cual califica en ella de poeta é historiador divino. Despues le dijo en un discurso cuando ya ceñía la tiara: «La nacion alemana te debe mucho; con tu enseñanza y ejemplo la has dirigido al estudio de las humanidades y de la antigua y resplandeciente elocuencia romana, estudio en el cual irá creciendo mas y mas.» En esto Hinderbach no decía mas que la verdad, porque no por ser indirecto el resultado debido á sus esfuerzos de propaganda, fué menos grande y meritorio; y para los humanistas principales de Alemania, la influencia de Eneas Silvio, á pesar de las muchas otras influencias que se cruzaron, fué la que dió impulso y fe á los literatos alemanes.

Sucedió á Federico III en los Estados austriacos y en el trono de Alemania, Maximiliano I, que aprendió los rudimentos de su instruccion en el libro que Eneas Silvio habia escrito para el jóven Ladislao de Hungría. La semilla depositada en este libro dió excelentes frutos, porque Maximiliano fué el emperador favorito de los humanistas, que le enalzaron, como hicieron Dante y Petrarca con sus emperadores ideales. Para los doctores y poetas era Maximiliano en el trono de Alemania, lo que su contemporáneo Leon X en Roma é Italia: un sol resplandeciente para los hombres de ciencia y los literatos; con lo cual mostraron ser muy míopes, porque no se necesitaba mucha perspicacia para ver la enorme diferencia que existía entre los dos soberanos. El papa habia heredado con su sangre una civilizacion antiquísima y

otra moderna, que contaba ya algunos siglos; era además vástago de una familia literaria y amiga de las artes, cualidades que la habian elevado al pináculo de su gloria. Leon X pospuso sus deberes de príncipe y jefe de la Iglesia al cultivo y proteccion de las artes y letras, porque á no haber sido papa, podría haber podido figurar como artista y literato. Nada de esto podían aducir en favor de Maximiliano I los humanistas alemanes, sus admiradores. Maximiliano fué el primer príncipe austriaco y alemán que tuvo afición á las letras; ni en su familia ni en su país existían tradiciones ni literarias ni artísticas ni científicas, ni siquiera un pasado grande; y por mucha que fuese su buena voluntad y celo, fueron estas aficiones y estudios siempre una cosa exótica y sobrepuesta que no se fundió con la esencia del individuo; cuanto mas que las guerras, la caza, las distracciones de su corte y su escasa capacidad intelectual no le dejaron tiempo para estudiar con método, ni siquiera con indispensable recogimiento.

En política se mostró Maximiliano incansable y su actividad en este campo era casi febril. Quiso reorganizar el imperio alemán interiormente, y robustecer, ó mejor dicho, crear su posicion de gran potencia en el exterior. Para el primer objeto adoptó, entre otras disposiciones notables, tres: el establecimiento de un tribunal superior que decidía en última instancia en todas las causas civiles y criminales que no dependían de los soberanos y señores feudales; la division de todo el imperio en diez circunscripciones jurídicas para hacer mas fácil la administracion de justicia, y el restablecimiento y conservacion del órden interior. Otra disposicion consistió en la proclamacion de una tregua de Dios, con la cual consiguió que cesaran las innumerables guerras locales entre nobles, ciudades y caballeros aventureros, sin casa ni hogar muchos de ellos. Finalmente estableció un arreglo para el gobierno imperial, que hasta entonces habia sufrido frecuentes y prolongadas interrupciones por las muchas guerras exteriores y las expediciones á Italia, que tenían ocupados á los emperadores, fuera del país, á veces la mayor parte de su tiempo. A este fin creó un consejo de regencia compuesto de los príncipes alemanes mas poderosos; este consejo debía ser permanente y asistir al emperador aun en tiempo de paz; pero si bien esta regencia llegó á constituirse y hasta á funcionar parcialmente, no hizo mas que debilitar el poder imperial en lugar de vigorizarlo. La paz general, ó de Dios, no tuvo mas efecto que las que la habian precedido; ni fué general, ni perpetua, ni hizo desaparecer el bandolerismo ni las expediciones armadas en mayor escala de los caballeros aventureros, á despecho de los muy laudables y muy sinceros esfuerzos del emperador. Las guerras continuas del imperio no solo facilitaban estos desórdenes sino que añadieron á la clase de caballeros aventureros otra mas vulgar pero igualmente bárbara, la de las bandas de merodeadores, soldados sin enganche, licenciados, rezagados ó desertores, que saqueaban y martirizaban á los habitantes, incendiaban case-ríos, aldeas y ciudades para satisfacer sus instintos bestiales, y asolaban el país. Tampoco llenó su objeto el tribunal supremo, que cayó muy pronto en la rutina de alargar y perpetuar las causas sin decidir nada; y finalmente, sucedió con corta diferencia lo mismo con las demás disposiciones encaminadas á una reorganizacion interior del imperio. Muchas hasta produjeron el resultado opuesto. La contribucion general para el sosten del imperio no llegó ni con mucho á llenar las arcas imperiales, como se habia calculado, y no libró al emperador de su eterna compañera, la penuria, que le impidió llevar á cabo sus muchos proyectos de invasion armada, tanto mas cuanto que su índole inquieta é impaciente le hacia emprender muchas cosas que luego no acababa, ya porque le faltaba

la constancia, ya porque sus contrarios le superaban en destreza militar y habilidad diplomática. Así, pues, las empresas políticas de Maximiliano I no tienen importancia á pesar de todos sus esfuerzos honrosos. Perdió los territorios que le llevó en dote su esposa María de Borgoña; no pudo impedir la separacion de la Suiza del imperio alemán; nada pudo hacer contra el rey de Francia, que le habia lastimado profundamente, y en Italia se frustraron todas sus tentativas de continuar el ya histórico papel de emperador del Sacro Imperio Romano, principalmente porque tan pronto hizo causa comun con el papa como con Venecia, ora contra la república, ora contra su aliado anterior.

Todas estas decepciones no quitaron á Maximiliano las simpatías de los poetas y hombres doctos, que le admiraron y ensalzaron toda su vida con cariño entusiasta, sincero, y lo que es mas, desinteresado, porque mal podían contar con auxilios y liberalidades pecuniarias de un príncipe cuyas arcas estaban siempre vacías. Las coronaciones de poeta, de las cuales no era avaro, eran satisfacciones muy fugaces, lo mismo que el título de conde palatino, que tambien prodigó, y no daba ocasion á los literatos para lucirse en su corte, porque nada tenia de brillante, atendiendo á que no tenia siquiera residencia fija, estando siempre en movimiento. Lo que sedujo á los poetas contemporáneos, hombres sencillos é ignorantes de la política y de sus caminos tortuosos, fué la actividad incesante del emperador, su vigor y arrojo siempre juveniles, y finalmente, su afabilidad y bondad sencillas, que impusieron naturalmente á aquella gente humilde y acostumbrada al desprecio brutal con que los nobles y mas los soberanos poderosos, grandes y pequeños, miraban á las clases inferiores. Esta amabilidad hizo popular como pocos á Maximiliano. El pueblo da sus simpatías á quien quiere y canta á sus favoritos en sus canciones, sin ahondar ni analizar sus méritos; pero es probable que la popularidad de Maximiliano fué debida, principalmente, á que el pueblo sencillo alemán le creyó el adalid nacional contra los turcos y franceses, enemigos tradicionales de Alemania; porque las canciones populares excitan al emperador á marchar contra los turcos y expresan la esperanza de que vencerá tambien á los franceses. Cuando las victorias no se realizaron, cantó el pueblo los ultrajes del enemigo para fomentar el odio y excitar á la venganza. Una de estas canciones fué la de la «Doncella de Bretaña,» la prometida esposa de Maximiliano, que le robó el rey Luis XII de Francia. Otras canciones tratan de la guerra con los suizos en 1499, de la del Palatinado bávaro en 1504, de los viajes del emperador á Italia y sus expediciones contra Venecia, y á falta de victorias ensalzan todas el valor y arrojo del héroe nacional. La muerte de Maximiliano no amenguó su popularidad, á pesar del terror causado por el gran poder de los turcos; á pesar de las victorias importantes de los franceses y del desprecio decidido de Italia, y á pesar del convencimiento del resultado negativo de todos los esfuerzos y empresas del héroe nacional.

Las poesías de los humanistas se distinguen de las del pueblo principalmente por su generalidad, por la negligencia de las particularidades y los elogios de las personas de modo que pueden servir, en caso necesario, lo mismo para César Augusto que para Maximiliano, y si describen una batalla de este, podría entenderse igualmente que describian cualquiera otra batalla antigua ó moderna. El valor intrínseco de todas estas poesías, que reunidas formarían un grueso volumen en folio, es poco menos que nulo, tanto bajo el punto de vista histórico como bajo el aspecto poético, excepto algunas poesías de Celtis y de Hutten. Pero no solamente fueron humanistas alemanes sino tambien italianos los que tomaron parte en este coro de alabanzas, y no los mas insigni-

ficantes de esta última nacion, como Hermolao Barbaro, Pandolfo Collenuccio y Luis Ticiano; de donde se infiere con razon que Maximiliano debió ocupar un puesto privilegiado en la imaginacion de sus contemporáneos. Luis Ticiano es autor de un panegírico poco conocido, ó mejor dicho, ignorado del todo, porque nunca fué impreso, y que lleva por título: «Panegírico del emperador y de los alemanes.» En este escrito llama á Maximiliano, á imitacion de Homero, rey de reyes y duque de duques. Maximiliano parodiaba el mismo pasaje diciendo, en un sentido muy distinto, indicando su impotencia propia y el poder excesivo de los grandes magnates de Alemania, que era un rey de los reyes. Luego dice de su héroe el mismo autor: «Es igualmente eminente en la guerra y en la paz, digno de la fama marcial, y distinguido por su inteligencia y talento como por su fuerza física; tan hábil para el gobierno pacífico como para acaudillar ejércitos, tanto que es difícil decir si es mas querido de los ciudadanos ó de los soldados; porque estos no pueden tener mayor confianza en ningun otro general que en él ni pedir de ninguno mas arrojo para buscar los peligros, ni mas prudencia cuando se encuentra en ellos; y los ciudadanos no pueden pedir un soberano mas justo ni mas bondadoso que este, en el cual la justicia y la bondad se hallen perfectamente equilibradas.» Despues elogia la sencillez, la castidad y sobre todo la fe sin falsedad que Maximiliano guarda á los hombres y su amor inquebrantable á la religion. No niega que se censura á su héroe la indolencia, la humillacion de comprar la paz con dinero, y la pobreza, pero rechaza por infundados los dos primeros cargos, y respecto del tercero, dice que la pobreza no es ninguna deshonra, y que Ciro y Alejandro Magno fueron pobres tambien.

Maximiliano I tenia propensiones literarias y aun poéticas. Entre sus trabajos figuran apuntaciones de sus cacerías y de otras diversiones materiales y rudas, pero tambien obras mayores en alemán, especialmente dos tituladas: *Weisskunig* y *Tenerdank*. Las primeras interesan á la historia de la literatura alemana, y estas dos últimas son interesantes para conocer el genio y la índole de su autor, que es el inventor y héroe principal de ambas, por cuya razon merecen que nos detengamos un poco en ellas.

En rigor, solo es la idea de ambas obras propiedad de Maximiliano, porque conociendo, probablemente, su insuficiencia poética y su poca constancia para llevar estas obras á cabo, encargó la redaccion del *Weisskunig* á su secretario Marx Treitzsauerwein (1470-1527), y la del *Tenerdank* á su otro secretario Melchor Pfinzing. El *Tenerdank*, publicado ya en 1517 y célebre como libro por sus preciosas condiciones materiales, es una descripcion alegórica de los obstáculos que se opusieron á la union del valiente Tenerdank (ó sea Maximiliano) con la princesa Erenreich (ó sea María de Borgoña), hija de Ruhmreich (Carlos el Temerario). El demonio se ha propuesto seducir al héroe, del cual nunca se separa su fiel compañero Erenhold, y encarga á tres servidores suyos llamados Fürwittig (audaz), Unfalo (percance) y Neidelhard (envidioso), que induzcan al jóven á seguir siempre su primer impulso sin retroceder ante ninguna aventura ni contratiempo, y someter á su dominio todos los países, hasta los mas pacíficos. Tenerdank rechaza las proposiciones del demonio y resiste á las seducciones de sus agentes. El primero de estos simboliza la osadía de la juventud, y su deseo de dar pruebas de destreza, vigor, flexibilidad y ligereza de movimientos. El segundo representa el atractivo que tienen para los jóvenes de elevada categoría las aventuras y peligros por mar y tierra, la caza y los viajes. En cuanto á las enfermedades, cuando los médicos son impotentes para curarlas, los jóvenes deben observar discretamente su natura-